

NOTAS CRÍTICAS

La intención en la construcción del significado según R. Gibbs

Isabel Gómez Txurruka y Jesús Mari Larrazábal

Intentions in the Experience of Meaning, RAYMOND W. GIBBS, JR., NUEVA YORK, CAMBRIDGE UNIVERSITY PRESS, 1999, 414 pp, 23.10 €.

Intentions in the Experience of Meaning es el segundo libro de Raymond Gibbs, profesor de la Universidad de California en Santa Cruz, tras la publicación de *The Poetics of Mind* en 1994. Si en su primer libro cuestionaba la aproximación tradicional a la cognición humana, defendiendo que los procesos figurativos o poéticos de metáfora, metonimia y otros tropos no son distorsiones del pensamiento literal sino esquemas básicos mediante los cuales conceptualizamos nuestra experiencia y el mundo, en la línea de Lakoff y Johnson (1980), en su nuevo libro selecciona uno de los temas más controvertidos y candentes de la actualidad en ciencia cognitiva, en concreto, el análisis de las intenciones en la determinación del significado.

Ahora bien, no espere encontrar el/la lector/a una propuesta sistemática novedosa para el tratamiento de las intenciones en la comunicación humana. El valor de este libro reside, primero, en que expone, generalmente con ánimo introductorio, diversas propuestas sobre la intención y la comunicación humana, lingüística o no, realizadas en ciencia cognitiva y otras disciplinas cercanas como la semántica y pragmática del lenguaje natural y la inteligencia artificial; segundo, que opta por los tratamientos cognitivos de la intención en la línea de las teorías de la comunicación de Clark (1996) y de la Teoría de la Relevancia de Sperber y Wilson (1986); y, tercero, que aplica esta opción teórica al trabajo que se realiza actualmente en tres campos —teoría literaria, interpretación del derecho y crítica del arte—, intentando aportar alguna luz conceptual al debate sobre el papel de la intención autorial en la interpretación de, por ejemplo, una novela de Doris Lessing —¿tiene la autora derecho a intentar imponer su intención sobre otras lecturas del público?—, de la octava enmienda de la Constitución americana en un juicio por asesinato donde el

convicto es un menor —¿tenían los padres de la Constitución la intención de prohibir la pena de muerte a menores?—, o de una fotografía de Andrew Serrano, *Piss Christ*, donde, si una/o se fija bien, observa que el motivo, que causó gran escándalo y controversia, es un crucifijo sumergido en orina.

La tesis principal que vertebra todos los contenidos del libro aparece ya en el primer párrafo: *Our intentions to say or perform certain acts appear to have an intimate relationship with how people interpret what we are doing* [p. 3]. La atribución de intenciones tiene un papel central en la interpretación de cualquier artefacto humano, afirma Gibbs. Ésta es su Premisa Intencionalista Cognitiva. Ahora bien, ¿es una tesis fuerte o débil? ¿Es novedosa? ¿Cuál es exactamente esa relación íntima entre intención e interpretación? ¿Significa que debemos introducir intenciones para producir una interpretación formal de cualquier artefacto humano? ¿Qué papel juegan las intenciones en la interpretación de Las cuatro estaciones de Vivaldi o en la interpretación del titular periodístico *Drunk gets nine months in violin case*? Y, en resumidas cuentas, ¿qué es una intención? A medida que transcurren las páginas del libro se perfilan respuestas a algunas de estas preguntas.

El libro consta de cinco partes, siendo la primera una introducción y la última una conclusión, e incluyendo prolíficos apartados de Notas e Índices separados de autores y materias. El cuerpo central está formado por tres partes, de la segunda a la cuarta. La segunda parte, *Searching for intentions*, contiene los capítulos dos al cuatro, y se dedica a ilustrar la ubicuidad de las intenciones en la interpretación del lenguaje y de las obras de arte. La tercera, *Intentions in Discourse*, se extiende del capítulo quinto al séptimo, centrándose en el lenguaje natural. La cuarta parte, *Intentions in Criticism*, del octavo al undécimo capítulos, introduce la problemática intencional en el campo de la interpretación literaria, el derecho, y el arte. A continuación ofrecemos una guía más pormenorizada de los contenidos de cada capítulo, cerrando esta nota con algunos comentarios críticos sugeridos al hilo de la lectura.

El primer capítulo, que sirve de introducción, lleva por título *The Controversy over Intentions*. Supón que te encuentras con una amiga, nos dice Gibbs, que te pregunta: ¿Has visto la última película de Woody Allen? ¿Cómo interpretas esta preferencia? Un análisis sintáctico-semántico parece insuficiente. El interlocutor, tú en este caso, se plantea por qué le están haciendo esa pregunta. Y las explicaciones que maneja tienen directa relación con las intenciones de la hablante: ¿tiene la intención de contarme la película? ¿o de invitarme al cine? ¿o de dejarme en ridículo por no estar al día? Gibbs presenta en este capítulo numerosos ejemplos que ilustran la ubicuidad de las intenciones. Además introduce una importante idea griceana, la distinción entre intenciones en general e intenciones comunicativas como subconjunto distinguido. Las intenciones comunicativas son aquéllas que van *pegadas* a lo que la hablante dice. Por ejemplo, si María dice *I want you to know that I'm nearly always thinking of you*, su intención comunicativa puede ser la de hablar de

sus sentimientos, pero no la de querer que su interlocutor se sienta cercano como resultado de haber reconocido la intención de hablar de sus sentimientos [p. 7]. Este orden en el conjunto de intenciones asociadas a la interpretación de cualquier artefacto es crucial para la construcción de modelos formales.

Esta introducción se ocupa asimismo de pasar revista al debate intencionalista en las humanidades. El *intencionalismo*, es decir, la idea de que las intenciones autoriales restringen la interpretación de un texto o una obra de arte, ha suscitado enorme controversia. Asumido a principios de siglo por la crítica literaria, en los años cuarenta y cincuenta los Nuevos Críticos instauran la doctrina de la falacia intencional, que pretende liberar la interpretación del texto de cualquier influencia biográfica o histórica. En las décadas subsiguientes el postestructuralismo defiende *la muerte del autor*, mientras otras escuelas reivindican las intenciones autoriales, e incluso se desarrollan aproximaciones radicales que postulan que la única interpretación adecuada se corresponde con la intención autorial, sea o no ésta apoyada por el texto. La controversia intencional ha salpicado también la interpretación de textos legales, y de artefactos artísticos. En la actualidad, la pintura y escultura vanguardistas, donde el espectador lucha por conseguir extraer sentido de la obra de arte, evidencian la búsqueda de la intención autorial y han avivado el debate. Gibbs mantiene como segunda hipótesis principal del libro que el trabajo desarrollado en ciencia cognitiva puede enriquecer estos debates.

La segunda parte, *Searching for Intentions*, comienza con el segundo capítulo, titulado *Intentions and Intentional Action*. En él se consideran varias formas de caracterizar las intenciones. Así, es necesario distinguir entre intenciones y acción intencional. Con Anscombe, afirma que *An act is intentional if it is being done in relation to some future state of affairs and if what is being done is directed towards bringing about that future state of affairs* [pág. 26]. Asimismo hace suya la clasificación de los psicólogos Malle y Knobe, identificando cinco componentes en la idea popular de intencionalidad: deseo, creencia, intención, capacidad y conciencia. Un segundo aspecto de la intencionalidad es su nivel de consciencia. El autor se hace eco de las tendencias actuales en psicología que defienden que la conducta se extiende a lo largo de un *continuum* que va desde lo puramente accidental, pasando por las acciones reflejas y las acciones motivadas por fuerzas inconscientes, hasta llegar a los actos premeditados, planificados y ejecutados cuidadosamente. Apoyándose en esta escala, y validado por filósofos como Dennet o científicos cognitivos como Minsky, defiende la existencia de intenciones inconscientes. Una última distinción entre intenciones individuales y colectivas se realiza siguiendo a Searle (1983). Gibbs defiende esta distinción en términos de intenciones como actos mentales privados, localizadas en las mentes de los individuos, e intenciones como propiedades emergentes resultantes de in-

teracciones entre la gente no localizadas en ninguna mente individual, es decir, como productos sociales.

Bajo el título de *Meaning and Communication*, el tercer capítulo se ocupa de distintas teorías de la comunicación, lingüística principalmente. Tras describir distintos paradigmas se centra en refutar la asunción estándar adoptada por múltiples teorías en semántica y pragmática formal, ciencia cognitiva, o I.A., de que el significado literal está en la base de la interpretación de los actos comunicativos lingüísticos. Gibbs defiende que no existe un significado literal de palabras, oraciones o textos que pueda ser captado con precisión. Si el significado literal de las palabras no existe, entonces ¿qué son las definiciones del diccionario? *The fact that a meaning is listed in a dictionary is just evidence that lexicographers observed the word being used in a way consistent with speakers' intending that meaning* [p. 48]. Gibbs defiende el modelo ostensivo-inferencial de la teoría de la relevancia, donde: *The meaning of any communicative exchange [...] emerges from a collaborative process of interaction between participants* [p. 57]. Volveremos en nuestro comentario final a esta cuestión.

Acaba el capítulo revisando la Teoría de los Actos de Habla de Searle (1969) y señalando que es demasiado restrictiva. Es un modelo empíricamente incorrecto porque (i) una hablante puede comunicar más de una fuerza ilocutiva mediante un acto de habla, y (ii) no puede explicar la diversidad de formas oracionales que se utilizan para transmitir la misma fuerza ilocutiva. Estos problemas surgirían porque, siguiendo a Levinson (1983) y a Clark (1996), esta teoría *excludes the crucial role of listeners and readers in both the creation and interpretation of meaning* [p. 57].

El cuarto capítulo, *Infering Intentionality in Experience*, cierra la segunda parte. Está mayormente dedicado a ilustrar la tendencia que tiene la gente a inferir intencionalidad en la acción humana, ya identificada por filósofos como Davidson o Dennet, mediante entretenidos experimentos y ejemplos —la tendencia, por ejemplo, a pensar que los ordenadores actúan intencionalmente, o la diferencia legal entre homicidio involuntario y asesinato. Esta profusa ilustración apoya empíricamente la Premisa Intencionalista Cognitiva, al mismo tiempo que desvela algunas de sus complejidades. Finaliza el capítulo Gibbs con la presentación de un rudimentario esquema que distingue entre las partes del continuo temporal de la comprensión. Incluye comprensión —análisis fonológico, léxico, semántico y pragmático inconsciente—, reconocimiento consciente de tipos, interpretación —análisis inferencial del producto de la comprensión—, y apreciación —juicio estético—. Afirma que las intenciones autoriales juegan un papel en cada una de esas partes, incluso en las puramente inconscientes y de análisis lingüístico.

La parte tercera, *Intentions in Discourse*, se centra nuevamente en el lenguaje y el papel que juegan las intenciones en su interpretación. *Spoken Language* es el título del quinto capítulo. Hace hincapié en que un modelo

adecuado de la comunicación debe formularse en términos de interlocutores que cooperan y se coordinan para comprender sus intenciones individuales y conjuntas. Este modelo general es defendido por Grice (1968), Sperber y Wilson (1986), y Clark (1996), y Gibbs pasa a exponer estas aproximaciones. Una de las afirmaciones más controvertidas que se realizan en este libro se encuentra en este capítulo. Gibbs sostiene que la comprensión del lenguaje no está basada en la comprensión de los significados de las palabras, incluso en el contexto. Apoya esta afirmación mediante ejemplos donde el oyente parece no pasar por el análisis lingüístico de la preferencia para entender el mensaje comunicado. Uno de estos ejemplos es la ilusión de Moisés. Si preguntamos a alguien *¿Cuántos animales de cada tipo puso Moisés en el arca?*, probablemente conteste *dos*, sin darse cuenta que fue Noé, no Moisés, el artífice. Cierran el capítulo ejemplos de sobreinterpretación —se infieren significados no pretendidos por la hablante—, y estudios comparativos de distintas culturas que apuntan a que las intenciones dependen de la situación histórica y social.

El sexto capítulo, *Saying What We Don't Mean*, se centra en la interpretación del lenguaje figurativo, tras introducir en grandes líneas la propuesta de los actos comunicativos representados de Clark (1996), y poner en tela de juicio mediante contraejemplos la propuesta griceana de que el significado literal es paso previo necesario para la comprensión de implicaturas. Estos ejemplos vuelven a hacer hincapié en la postura de Gibbs de que el significado literal no existe. Se definen tipologías y se ilustran casos de engaños, equívocos, evasión, y situaciones donde no es posible atribuir una intención única y clara a la contribución de la hablante. Todos estos mecanismos comparten el hecho de que comunican indirectamente y no se basan primeramente en el significado semántico del mensaje. Crucialmente para Gibbs, existen instancias en las que el oyente no pasa por el significado literal del mensaje para llegar a entender lo que la hablante quiere comunicar.

El capítulo séptimo se centra en *Writing and Reading* para sugerir que la aproximación tradicional a esta distinción es equivocada. Tradicionalmente se ha considerado (i) que la escritora debe anticipar las interpretaciones y reacciones del lector, mientras que la hablante puede ir observando las reacciones a medida que habla; (ii) que mientras el texto escrito es más abstracto, el discurso oral es más dependiente de contexto; y (iii) que los textos escritos tienen una estructura formal más esmerada o sofisticada. Gibbs defiende que la distinción oral/escrito no es de recibo; se pueden encontrar diálogos informales escritos y, viceversa, una hablante puede proferir un discurso que reúna todos los rasgos que caracterizan al lenguaje escrito. Sugiere que ambas formas de comunicación deben verse en términos de la propuesta de Clark de transacciones sociales que requieren coordinación y cooperación, e ilustra esta idea con ejemplos y experimentos.

La cuarta parte se abre con el título de *Intentions in Criticism* y contiene aplicaciones de las ideas principales desarrolladas en la segunda parte a la crítica literaria en el capítulo noveno, al derecho en el décimo, y al arte en el undécimo. El capítulo octavo, sin embargo, está dedicado a *Questions of Authorship*. ¿Quién fue realmente Shakespeare? ¿quién escribió los discursos de Bill Clinton en la campaña presidencial de 1992? Las cuestiones de autoría son importantes, tanto en la vida cotidiana como en la investigación académica, y Gibbs aporta ejemplos entretenidos, sobre falsificaciones de cuadros famosos o libros anónimos cuya autoría todo el mundo conoce, que así lo demuestran. Tras pasar revista a distintas concepciones de la autoría a lo largo de la historia, desde el Renacimiento y los románticos a los artículos periodísticos actuales, el autor se para a considerar los casos de Fernando Pessoa, una persona tras varios autores, y Edgar Allan Poe, un autor con intenciones conflictivas, para acabar con Michel Foucault y la idea de que la autoría es un concepto construido socialmente.

Literary Interpretation and Criticism, el capítulo noveno, explora cuidadosamente algunas aproximaciones al debate intencionalista en la crítica literaria, es decir, al tema de si la recuperación de las intenciones autoriales puede, o debe, jugar un papel en la crítica e interpretación literarias. Se argumenta que muchas teorías de crítica literaria se ocupan exclusivamente de aspectos de la interpretación del texto sin reconocer el importante papel que juegan los factores cognitivos en la experiencia del significado. El autor aboga por conceder un papel más central a los aspectos intencionales, aunque concediendo que muchas veces es necesario ir más allá para inferir complejas estructuras relacionadas con aspectos culturales, históricos o personales. Se detallan conocidos casos como los de Doris Lessing o Salman Rushdie, que cuestionan quién tiene el derecho a definir el significado de un libro, y se pasa revista crítica a teorías como el intencionalismo subjetivo, la nueva crítica, la vuelta al intencionalismo de Hirsch, o las perspectivas postestructuralistas de Barthes, Derrida y Foucault, para finalmente sugerir una teoría literaria en la línea de las propuestas de la relevancia.

Interpreting the Law da nombre al décimo capítulo. En él se revisan juicios que sentaron precedente en la justicia americana y han suscitado gran debate sobre cómo debe interpretarse la Constitución. Los teóricos del derecho han adoptado a lo largo de la historia varias posturas clásicas como, por ejemplo, la defensa de la intención original, que aboga por la interpretación originalmente pretendida por los redactores de la Constitución (teniendo en cuenta la época y circunstancias históricas, aunque no se desprenda del texto), o la postura moralista, que defiende que hay que prestar más atención al espíritu de la ley que a la letra.

El undécimo capítulo y último de la cuarta parte es una entretenida casuística que lleva por título *Understanding Art*. Al igual que en los dos capítulos anteriores, Gibbs ofrece numerosos detalles de debates sobre la intención

autorial y el significado de la obra centrados en casos reales como, por ejemplo, la prohibición de una exposición del fotógrafo Mapplethorpe por exhibir desnudos supuestamente obscenos, o la curiosa relación epistolar entre dos pintoras donde, en lugar de enviarse cartas, convinieron en enviarse cuadros sin título que plasmaban las reflexiones sobre lo que había querido expresar la otra artista en su último envío. De nuevo se hace hincapié en la idea de que desarrollos teóricos en ciencia cognitiva como la teoría de la relevancia pueden ayudar a clarificar algunos de los debates, aunque también se insiste en que otros aspectos —morales, históricos, o sociales— pueden jugar un papel importante.

Las conclusiones se recogen en la quinta parte bajo el título de *The Intentional Mind*. Gibbs ofrece aquí una síntesis de las hipótesis y resultados más importantes del libro, al mismo tiempo que prepara el terreno de la investigación futura.

Intentions in the Experience of Meaning es un texto de agradable lectura y poderoso en sugerencias, que ofrece al lector/a la posibilidad de plantearse temas fundamentales de la ciencia cognitiva actual como qué es el significado, la interpretación o las intenciones, al mismo tiempo que abre una ventana a las aplicaciones de las propuestas teóricas en este campo a otras áreas como el derecho, la literatura y el arte. Esta mirada interdisciplinar está indudablemente justificada por la importancia de clarificar la noción de intención y porque, al jugar esta noción un papel central en la comunicación humana, se convierte en una noción necesaria en muchas disciplinas de humanidades. La comunicación, tanto lingüística como gestual o vía artefactos, tanto de significados estrechamente vinculados al objeto comunicado (una preferencia, un cuadro) como de significados que son inferencias o implicaturas derivadas de ese objeto, es uno de los problemas centrales de la investigación actual. Hay que felicitar al autor por la valentía para enfrentarse a ese enorme trabajo interdisciplinar y salir bien parado de la empresa. Es también de destacar el universo rico y detallado de ejemplos y experimentos que pueblan el libro. Este afán recolector del autor lo convierte en una fuente valiosa a la que recurrir en busca de instancias de análisis.

Dicho lo anterior, nos gustaría apuntar algunas posibles críticas o comentarios: la primera a la forma del libro, la segunda de índole metodológica, y el resto sobre cuestiones que atañen al contenido.

Conviene señalar que es un libro difícil de abarcar en una primera lectura —esto es, difícil no quedarse en lo anecdótico y captar los resultados de ese intento interdisciplinar—, porque el autor nos lleva de un sitio a otro sin ofrecer siempre explícitamente un hilo conductor que nos permita saber en cada momento en qué punto del edificio nos encontramos. Aún cuando hay que precisar que se esfuerza en producir resúmenes finales de muchas secciones y de algunas discusiones, el/la lector/a puede encontrar dificultades para saber en algunos momentos cuál es la posición del autor ante tal o cual

debate o cómo afecta a otras discusiones en otras partes del libro. Con respecto asimismo a la forma, la cantidad ingente de ejemplos y experimentos de los que Gibbs se hace eco puede constituirse en obstáculo para un seguimiento aporoblemático del hilo argumental.

Relacionado con este punto, un apunte metodológico. En muchas ocasiones no es fácil ver la función que tienen en el texto los ejemplos y experimentos introducidos. A veces parecen utilizarse simplemente como ilustración y entretenimiento, pero en otras ocasiones parecen dejar entrever una posible tipología, y todavía en otras parecen utilizarse para argumentar a favor de perspectivas sobre el lenguaje, la mente y la interpretación del significado. Es cuando tienen esta última función, de apoyo empírico de afirmaciones teóricas, donde a veces encontramos que parece haber una distancia demasiado grande o difusa entre material empírico y enunciado teórico como para que no pueda haber ninguna duda sobre el papel inequívoco de aquél como confirmador de éste. Por ejemplo, en la página 79, Gibbs nos habla de un experimento llevado a cabo con niños/as de tres y de cinco años con el objetivo general no muy claro de ilustrar la complejidad del problema intencional o de añadir evidencia a la idea de que los humanos tendemos a inferir intencionalidad. El experimento consiste en enseñar a los/as niños/as parejas de dibujos. En uno de ellos se ve a alguien realizando una acción y, en el otro, se ve que se está preparando para realizarla. A la vista de los dibujos se les pregunta a los sujetos cuál de los dibujos muestra a alguien realizando una acción y cuál a alguien que quiere realizarla (o, alternativamente, que va a realizarla o piensa realizarla). El resultado es que a los tres años se falla más al contestar a la segunda pregunta. Gibbs concluye que a esta edad se tienen más problemas para captar la causalidad de la intención. Sin embargo, hay probablemente otras formas de explicar esos resultados. Se podrían relacionar con el distinto dominio del lenguaje a esas edades, con conceptualizaciones de eventos que incluyen fases preparatorias, o con otras explicaciones que no necesiten incluir causalidad intencional.

Nuestras últimas observaciones tienen que ver con el contenido. Hemos señalado más arriba que una de las asunciones teóricas más fuertes del libro es que no existe el significado literal en la interpretación del lenguaje natural. Esta asunción es ciertamente controvertida. Con ella, Gibbs parece abogar en contra de la distinción entre semántica y pragmática, inaugurada por Grice y postulada de forma estándar en gran parte del trabajo formal que se lleva a cabo actualmente. Gibbs no es lo suficientemente preciso en sus afirmaciones para saber qué entiende exactamente por significado literal y vamos a repasar sus argumentos para ver exactamente qué demuestra. En el capítulo tres, *Meaning and Communication*, el autor argumenta primero en contra del significado literal de las palabras, para pasar luego a argumentar en contra del significado literal de las oraciones y de los textos. Afirma: [...] *the literal meaning of*

any word or sentence is almost impossible to determine [p. 47]. Ofrece los siguientes tres argumentos en contra del significado literal de palabras:

- 1) La definición que el adjetivo *muddy* recibe en el diccionario necesita ser más especificada casi en cada uso del adjetivo. La especificación depende de la situación de uso. Por tanto, el significado de *muddy* depende de las expectativas de los interlocutores en las situaciones de uso.
- 2) Verbos como *bend* parecen utilizar una cuantificación implícita que se especifica en el contexto. Por ejemplo, *John bends paperclips* es generalmente entendida como que John dobla 3 o 4 clips (y no diez, por ejemplo). Esta cuantificación depende de las expectativas de los interlocutores en las situaciones de uso.
- 3) Palabras como *good*, *love*, *few* son especialmente difusas. Por ejemplo, *few* puede significar 2 o 3 en una ocasión de uso y 3000 en otra.

En contra del significado literal de las oraciones Gibbs nos dice que *Determining the literal meaning of sentences is also impossible* [p. 49]. Las razones son la existencia de (i) ambigüedad, (ii) subespecificación de significados, y (iii) la diferencia entre significado literal y significado transmitido por la hablante en casos de metáfora, ironía, actos de habla indirectos y otras figuras del habla. Además cita a Searle (1978) y su ejemplo *The cat is on the mat* para señalar que normalmente hace falta un conjunto de proposiciones sobre cuya base poder entender el supuesto significado literal de muchas oraciones.

Finalmente, con respecto al nivel del discurso, nos dice lo siguiente: *These problems [...] multiply when we try to specify what texts literally say. Texts are not static containers of meaning, but provide the common ground for writer and reader from which meaning may arise* [p. 50].

Hasta aquí los argumentos que Gibbs ofrece en contra del significado literal. Nótese sin embargo que Gibbs no ha definido qué es lo que entiende por significado literal y, por lo tanto, es difícil ver qué ha demostrado. Si estos argumentos se han utilizado para intentar demostrar que no se puede separar un nivel de interpretación semántica del nivel pragmático, creemos que está equivocado. Centramos nuestra argumentación en los niveles oracionales y discursivos, dado que es en estas áreas donde se encuentran nuestros intereses teóricos.

La separación entre significados semánticos y pragmáticos en estas dos áreas es uno de los postulados más fuertes de la investigación actual. Aún cuando es tema de debate su precisa definición (en términos de condiciones de verdad, de significado literal, etc.; ver Bach (1999) para una comparación detallada) y su interacción, un gran número de teorías la han adoptado. La teoría de la relevancia habla de descodificación e inferencia para definir, con bastante acierto a nuestro parecer, estos dos niveles [Carston (1999)]. El trabajo actual en semántica formal admite en general que el significado semán-

tico no es exclusivamente veritativo-condicional, y fenómenos como la ambigüedad son considerados centrales en este área, habiéndose propuesto numerosos mecanismos formales en términos de representaciones subespecificadas para dar cuenta de ella [ver por ejemplo, van Deemter and Peters (1996)]. La misma asunción distinguiendo entre semántica y pragmática subyace a teorías del discurso como DRT [ver Kamp y Reyle (1993) para una introducción sistemática, y Reyle (1993) para una propuesta de subespecificación en este marco], cuyo objetivo es dar cuenta formal de la parte composicional del significado (no muy lejos de lo que Carston denomina descodificación). Otras teorías, como SDRT [Asher (1993)], son más ambiciosas y tienen como objetivo último dar cuenta formal del significado total del discurso. Trabajando en la llamada interfaz entre semántica y pragmática, uno de sus postulados más básicos es asimismo la distinción entre significados semánticos y pragmáticos. SDRT postula un primer nivel de representación sintáctico-semántica que da cuenta de los significados codificados en las oraciones, y un segundo nivel de cálculo inferencial donde el intérprete utiliza otras fuentes de conocimiento para, mediante el uso de una lógica monótona y otra no-monótona, llegar al significado que la hablante quería transmitir.

Este punto nos lleva a otra de las afirmaciones controvertidas de Gibbs. Recordemos que Gibbs defiende que el esquema griceano de procesamiento secuencial, es decir, primero lingüístico (fonológico-sintáctico-semántico) y después general, es equivocado. El argumento es que hay múltiples ejemplos, como la ilusión de Moisés, que según el autor indican que el intérprete no pasa por el módulo de procesamiento lingüístico para comprender la contribución de la hablante. Utilizar estos ejemplos para concluir que no hay un procedimiento ordenado de interpretación nos parece sin embargo erróneo. La ilusión de Moisés puede ser fácilmente acomodada en teorías formales que postulan un procedimiento secuencial si tenemos en cuenta que el intérprete no accede a toda la información de cada entrada léxica simultáneamente sino que la información accedida depende de los propósitos del intercambio. En este ejemplo el intérprete, teniendo en cuenta las intenciones de la hablante, accede a la noción de personaje bíblico y continúa el procesamiento. En otros ejemplos quizá sea necesario flexibilizar la unidad de procesamiento lingüístico, procesando unidades sintácticas como sintagmas, o informacionales como tema o foco de la preferencia.

Y esto nos lleva al último punto, al papel de las intenciones en la interpretación del significado de lenguaje natural. Recordemos que Gibbs construye el libro a partir de la tesis de que las intenciones juegan un papel crucial en la interpretación (la Premisa Cognitiva Intencional). Ahora bien, esta tesis es tan general que probablemente nadie estaría en desacuerdo con ella. De hecho pensadores como Grice, Dennet, Davidson o Minsky ya la habían enunciado. Así pues, conviene pararse un momento a examinar si Gibbs articula una nueva concepción o aporta una perspectiva nueva sobre la intencio-

nalidad. A nuestro parecer, el autor no presenta directamente ninguna teoría sistemática novedosa sobre este problema. Es más, a veces sus afirmaciones pueden llegar a crear más confusión que claridad. Por ejemplo, se hace eco de experimentos que podrían indicar que hay intencionalidad en todos los estadios del procesamiento y esto le lleva a concluir que no puede haber un procesamiento secuencial, pero ya hemos visto que ambas ideas son perfectamente compatibles. Así que no busque el/la lector/a una aportación teórica explícita en este libro. Lo que sí encontrará, sin embargo, es una interesante propuesta interdisciplinar de confrontar los resultados en ciencia cognitiva con las perspectivas desarrolladas en crítica literaria, derecho y teoría del arte, al mismo tiempo que hay un primer intento de aplicar algunas nociones de teorías cognitivas como la teoría de la relevancia de Sperber y Wilson (1986) o de la teoría de los actos comunicativos representados de Clark (1996) a la conceptualización de los problemas de estas otras disciplinas.

Intentions in the Experience of Meaning es pues un libro a caballo entre la divulgación y la teorización académica. Los/as estudiantes, tanto a nivel de licenciatura como de doctorado, de disciplinas y áreas tales como psicología, filosofía, IA, lingüística, ciencia cognitiva, crítica literaria, y humanidades en general encontrarán un texto que les introducirá de forma amena en las líneas básicas del debate intencional. También los/as investigadores/as más especializados/as en estas áreas podrán beneficiarse de la mirada interdisciplinar que privilegia. Finalmente suscitará sin duda el interés de una audiencia no especializada, que podrá recrearse en la multitud de ejemplos, anécdotas y experimentos interesantes al mismo tiempo que se sumerge en el debate teórico de fondo.

ILCLI, Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea
Villa Asunción, Apartado 220, Donostia-San Sebastián
E-mail: ylbgoxi@sf.ehu.es; ylplaanj@sf.ehu.es

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ASHER, N. (1993), *Reference to abstract objects in discourse*, Kluwer Academic Press.
- BACH, K. (1999), "The semantics-pragmatics distinction", en Turner, K. (ed.), *The Semantics/Pragmatics Interface from Different Points of View*, Amsterdam, Elsevier, CRISPI series.
- CARSTON, R. (1999), "The semantics/pragmatics distinction: A view from Relevance Theory", en Turner, K. (ed.), *The Semantics/Pragmatics Interface from Different Points of View*, Amsterdam, Elsevier, CRISPI series.
- CLARK, H. (1996), *Using Language*, Nueva York, Cambridge University Press.
- GRICE, H. P. (1968), "Utterer's meaning, sentence-meaning, and word-meaning", en *Foundations of Language*, 4, pp. 225-242.
- VAN DEEMTER, K. Y PETERS, S. (EDS.) (1996), *Semantic Ambiguity and Underspecification*, Stanford, CSLI Publications.

- KAMP, H. Y REYLE, U. (1993), *From Discourse to Logic*, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers.
- LAKOFF, G. Y JOHNSON, M. (1980), *Metaphors We Live By*, Chicago, University of Chicago Press.
- LEVINSON, S. (1983), *Pragmatics*, Cambridge, Cambridge University Press.
- REYLE, U. (1993), "Dealing with ambiguities by underspecification: Construction, Representation and Deduction," en *Journal of Semantics*, 10 (2).
- SEARLE, J. (1969), *Speech Acts*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1978), "Literal Meaning," en *Erkenntnis*, 13, pp. 207-24.
- (1983), *Intentionality*, Nueva York, Cambridge University Press.
- SPERBER, D. Y WILSON, D. (1986), *Relevance: Communication and Cognition*, Cambridge, Ma., Harvard University Press.